

INVESTIGACIÓN INTERDISCIPLINAR EN FILOSOFÍA MORAL Y POLÍTICA: RETÓRICA, PRÁCTICA Y EFECTOS / INTERDISCIPLINARY RESEARCH IN MORAL AND POLITICAL PHILOSOPHY: RHETORIC, PRACTICES AND EFFECTS

ARTÍCULOS

La idea de “estado estacionario” en el pensamiento económico clásico

The Idea of “Steady State” in Classical Economic Thought

Luis Arenas Llopis

Luis.arenas@uv.es

Universidad de Valencia

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-7132-190X>

Resumen: El pensamiento económico clásico liberal (en particular Smith, Malthus, Ricardo y Stuart Mill) hizo de la idea del crecimiento económico un objeto teórico que la nascente ciencia económica tenía que explicar y un objetivo social que la actividad económica y la gobernanza política tenía que producir. Pero también desde sus mismos orígenes, ese pensamiento económico asumió como inseparable de esa idea de crecimiento económico la idea de un límite inevitable a dicho crecimiento. Es lo que se conoce como el problema del “estado estacionario”, un problema que la teoría económica hegemónica en la actualidad tiende sistemáticamente a dejar de lado a pesar de reclamarse heredera todavía en muchos aspectos del liberalismo económico de Adam Smith y sus sucesores clásicos. En un horizonte de sobrelimitación ecológica como el que caracteriza a la economía del planeta en la actualidad, el presente artículo intenta recuperar las diferentes razones que en cada caso acabarían llevando a ese estado estacionario, así como a la diferente valoración y deseabilidad de ese estado estacionario según cada uno de los autores considerados.

Palabras clave: liberalismo económico clásico; estado estacionario; crecimiento económico; Adam Smith; Thomas Malthus; David Ricardo; John Stuart Mill; límites ecológicos; poscapitalismo.

Cómo citar este artículo / Citation: Arenas Llopis, Luis (2025). La idea de “estado estacionario” en el pensamiento económico clásico. Isegoría, (73), 1667. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2025.73.1667>

Abstract: Classical economic liberalism (in particular Smith, Malthus, Ricardo and Stuart Mill) considered the idea of economic growth as a theoretical object that the economic science had to explain and as a social target of economic activity and political governance. But at the same time, the classical economics assumed the idea of a necessary limit to that economic growth. This is the origin of the “stationary state”, a problem that the hegemonic economics today systematically tends to set aside despite assuming in many aspects the heritage of the economic liberalism of Adam Smith and his successors. In a horizon of ecological overshoot such as that of current economy of the planet, this article attempts to recover the different reasons that in each case would end up leading to this stationary state as well as to the different valuation and desirability of this stationary state according to each of the authors considered.

Keywords: Classical Economic Liberalism; Stationary State; Economic Growth; Adam Smith; Thomas Malthus; David Ricardo; John Stuart Mill; Ecological Limits; Postcapitalism.

Recibido: 20/11/2024. *Aceptado:* 30/09/2025. *Publicado:* 14/01/2026.

Entre las obras del hombre, en cuyo perfeccionamiento y embellecimiento se emplea legítimamente la vida humana, la primera en importancia es seguramente el hombre mismo (Stuart Mill, 1993, p. 130).

1. La economía clásica, que nace con la publicación de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith (1776/1994) y se extiende hasta la muerte de John Stuart Mill (1873), tuvo como uno de los ejes centrales de su reflexión la idea del crecimiento económico. El pensamiento clásico abordó ese crecimiento económico desde una doble perspectiva: como algo que la teoría económica tenía que explicar y a la vez como algo que la actividad económica y la gobernanza política tenían que producir.

La riqueza de las naciones fue el libro que intentó contribuir a esa doble tarea, teórica a la vez que práctica. Adam Smith (1723-1790), profesor de filosofía moral, no podía ser ajeno a la dimensión normativa con que nació de su mano la economía como ciencia, por más que el naturalismo de su filosofía moral insistiera en las dimensiones empíricas y las determinaciones psicológicas que están a la base de nuestros sentimientos (y no principios) morales. El naturalismo moral de Smith en ningún caso negará las obligaciones morales a las que nos vemos atados (cf. Smith, 1994, VII, § 4), pero tratará de establecer su origen a partir de una constatación empírica que apela a la base sentimental de nuestra condición psicoafectiva. Entre los sentimientos universales que Smith acepta como premisa antropológica destacan un sano egoísmo racional como motor universal del comportamiento humano, combinado con una simpatía hacia los demás “que hacen interesarse por la suerte de otros, y hacen que la felicidad de éstos resulte necesaria, aunque no derive de ella nada más que el placer de contemplarla” (Smith, 1997, p. 49). En *La riqueza de las naciones*, Adam Smith partiría de esos supuestos empiristas, compartidos con su amigo David Hume, y que habían sido expuestos en una primera versión en 1759 en su *Teoría de los sentimientos morales*: “Toda persona, en tanto no viole las leyes de la justicia, queda en perfecta libertad para conseguir su propio interés a su manera y para conducir a su trabajo y su capital hacia la competencia con toda otra persona o clase de personas” (Smith, 1994, IV, pp. 659-660).

La persecución egoísta de la ganancia era, pues, para Smith el primer motor del comportamiento económico individual, una idea que no era desde luego original, pero a la que la época había logrado dar un giro inesperado de la mano de Bernard de Mandeville con su famoso libro *La fábula de las abejas* (1714 y 1729). Según Mandeville no había por qué lamentarse de los vicios que dominan a los humanos y, en particular, de su inextirpable egoísmo porque, vistas las cosas en perspectiva, son esos vicios privados los que acaban produciendo virtudes públicas. Con una perversa mezcla de escepticismo e ironía Mandeville nos recordaba que “el orgullo y la vanidad han edificado más hospitales que todas las virtudes juntas” (Mandeville, 1997, p. 170). La prosperidad económica sería también uno de estos subproductos no intencionales de ese egoísmo autointeresado.

Como en el caso de Mandeville, para Smith el egoísmo es el primer motor de la actividad humana en general y de la actividad económica en particular. Es lo que desde el inicio está detrás de la transición entre las distintas etapas económicas por las que a juicio de Adam Smith ha pasado la humanidad (cazadora, pastoril, agrícola y comercial). Pero para comprender el salto de una economía agrícola a una de base comercial Smith añade a ese egoísmo psicológico que acompaña a la humanidad desde sus más remotos orígenes un factor social clave del crecimiento económico de su época. Se trata de la división del trabajo, con cuyo análisis arranca el libro I de *La riqueza de las naciones*.

A partir de esos dos factores básicos (autointerés y división del trabajo) Smith procede a una explicación del crecimiento de la economía que, dejando de lado los matices más técnicos de la explicación, resultará familiar, pues ha pasado a formar parte de la vulgata con que hasta hoy se legitima el liberalismo económico. El argumento es bien conocido: según Smith, la división del trabajo, gracias al aumento de destreza que posibilita, implica un ahorro de tiempo en los procesos productivos y, por tanto, una ganancia en la productividad por hora trabajada. A su vez ese incremento de la productividad permite aumentar la producción, así como liberar tiempo que puede ser dedicado a la investigación y mejora de tecnologías. Por su parte, el desarrollo tecnológico, unido al aumento de la productividad original debido a la división del trabajo, impulsarán aún más el crecimiento de la producción de bienes y servicios económicos, lo que contribuirá a crear un margen para la mejora de los salarios. Esas mejoras salariales pondrán en manos de la población una mayor renta per cápita, lo que a su vez permitirá mayores niveles de consumo privado. El agregado de esa demanda será lo que active de nuevo la economía cerrando el círculo virtuoso del crecimiento: tras algún tiempo habrá aumentado la riqueza de la nación,

se habrá incrementado el nivel de vida de sus habitantes y al mismo tiempo se habrá producido una mayor acumulación de capital que podrá ser puesto de nuevo al servicio del proceso económico en un nuevo ciclo productivo de aumento de riqueza y bienestar cada vez mayor.

Sin embargo, en el interior de esa teoría económica clásica yacía una paradoja de la que pronto fueron conscientes la mayoría de sus defensores. Por vías diferentes y con argumentos no siempre coincidentes, los análisis de la mayoría de los economistas clásicos convergían en una idea común: el resultado final de ese proceso centrado en el crecimiento económico parecía estar condenado a un estancamiento final. Es el conocido como “estado estacionario” al que habría de desembocar inevitablemente todo desarrollo económico.

En el caso de Smith, ese estado estacionario era la consecuencia directa e inevitable del incremento progresivo de la riqueza de una nación: a medida que aumenta la riqueza de un país y con ella aumenta la acumulación de capital, la rentabilidad por el uso de ese capital será progresivamente menor, las posibilidades de inversión con retornos altos de rentabilidad se volverán más escasas y la tasa de ganancia de cada unidad de capital se irá reduciendo progresivamente hasta llegar a cero:

El incremento del capital, que eleva los salarios, tiende a reducir los beneficios. Cuando los capitales de muchos comerciantes ricos son invertidos en el mismo negocio, la mutua competencia naturalmente tiende a rebajar el beneficio; y cuando existe un aumento similar en todos los negocios de la sociedad, la misma competencia ejerce el mismo efecto sobre todos ellos (Smith, 1994, p. 138).

Aunque este sea un proceso que podría diferirse en el tiempo (por ejemplo, con la ampliación de nuevos mercados, la defensa de monopolios o con una reforma de las instituciones económicas), para Smith resultaba evidente que una economía en continua competencia acabaría por alcanzar ese estado de detención del crecimiento. Los estados finales de la economía podrían variar en cada sociedad, con niveles de salarios más o menos cercanos al nivel de subsistencia según los casos dependiendo de factores como el clima, sus recursos naturales o el diseño de sus instituciones (a juicio de Smith, por ejemplo, economías como las de los Estados Unidos o Inglaterra podrían confiar en alcanzarlo con salarios algo más alejados del umbral de subsistencia), pero el destino era inevitable ya fueran décadas o siglos los que nos separaran de él:

En un país que haya adquirido todas las riquezas que le permiten conseguir la naturaleza de su suelo y clima, y su situación con respecto a los demás países; un país que, en consecuencia, no pudiese avanzar más pero que tampoco retrocediese, tanto los salarios como los beneficios serían probablemente muy bajos (Smith, 1994, p. 146).

Smith supone, pues, la existencia para cada país de una “plenitud de riquezas compatible con la naturaleza de sus leyes e instituciones” (Smith, 1994, p. 117), de modo que, sin que sea posible establecer con precisión el momento exacto, lo que parece inevitable es que el crecimiento económico acabe por estancarse en un equilibrio estacionario que minimizaría las ganancias del capital y mantendría los salarios de los trabajadores en niveles de subsistencia. A propósito de las consecuencias psicológicas en los agentes económicos una vez alcanzado ese estado de crecimiento cero, Adam Smith ofrece algunas pinceladas reveladoras:

Debe subrayarse, quizás, que en el estado progresivo, cuando la sociedad avanza hacia la consecución de la riqueza plena, más que cuando ya la ha adquirido, es cuando la condición del pueblo trabajador, la gran masa de la población, es más feliz y confortable. Su condición es dura en el estado estacionario y miserable en el regresivo. El estado progresivo es realmente el alegre y animoso para todas las clases de la sociedad. El estacionario es desvaído [dull]; el regresivo, melancólico (Smith, 1994, p. 129).

2. Por razones diferentes Thomas Malthus (1766-1834), otro de los miembros de la escuela clásica de economía, también se manifestaba escéptico con respecto a la posibilidad de un crecimiento económico ilimitado de la economía, si bien sus conclusiones fueron bastante más sombrías que las de Adam Smith.

Entre los economistas clásicos, Malthus es conocido por haber sumado a los argumentos relacionados con los retornos decrecientes del capital procedentes de Adam Smith su preocupación por las consecuen-

cias del aumento demográfico. Como se sabe, a partir de dos postulados como son la necesidad de alimento para la existencia de los seres humanos y la inextinguible “pasión entre los sexos” (dos rasgos que Malthus supone “leyes fijas de la naturaleza”), Malthus se dedica a extraer sus consecuencias lógicas:

Considerando aceptados mis postulados, afirmo que la capacidad de crecimiento de la población es infinitamente mayor que la capacidad de la tierra para producir alimentos para el hombre. La población, si no encuentra obstáculos, aumenta en progresión geométrica. Los alimentos tan sólo aumentan en progresión aritmética. Basta con poseer las más elementales nociones de números para poder apreciar la inmensa diferencia a favor de la primera de estas dos fuerzas (Malthus, 1993, p. 53).

Para Malthus toda mejora en la producción de alimentos da inicio a una carrera perdida de antemano. Es la conocida “trampa malthusiana”: cualquier aumento de los medios de subsistencia quedará tarde o temprano cancelado por el crecimiento exponencial de la población. Y ello a pesar de que Malthus —sorprendentemente en alguien que pasa por ser un precursor de la idea de “capacidad de carga” del planeta (cf. Seidl y Tisdell, 1999)— no asigna límite alguno al crecimiento de la productividad de la tierra: “la hemos concebido como susceptible de un aumento indefinido, y capaz de repasar cualquier límite que se le fije, por muy grande que sea” (cf. Malthus, 1993, p. 60). El ciclo de desarrollo económico —que en Smith era virtuoso al menos durante el período de crecimiento de la economía— se vuelve en Malthus una suerte de condena de Sísifo: empujar la piedra del crecimiento no librará a la humanidad de caer, una y otra vez, hacia el equilibrio de subsistencia: la mejora de la productividad de la tierra abaratará el precio de los alimentos, lo que aumentará la capacidad de compra de los salarios, que irá aparejado a un incremento en las tasas de fertilidad. Ese aumento de la fertilidad hará crecer la población de la siguiente generación y, con ello, la demanda de alimentos, lo que se traducirá en incrementos en los precios. Tales incrementos llevarán aparejados en la práctica un descenso real del poder adquisitivo de los salarios y, como consecuencia de ello, un descenso correlativo de las tasas de fertilidad, lo que empujará de nuevo a la población hacia abajo hasta topar con la línea que señala el equilibrio de subsistencia y así indefinidamente. A toda sociedad que iniciara el camino del crecimiento económico, no le aguardaba otra cosa que un negro horizonte:

La fuerza de crecimiento de la población es tan superior a la capacidad de la tierra de producir el alimento que necesita el hombre para subsistir que la muerte prematura en una u otra forma debe necesariamente visitar a la raza humana. Los vicios humanos son agentes activos y eficaces de despoblación. Son la vanguardia del gran ejército de destrucción; y muchas veces ellos solos terminan esta horrible tarea. Pero si fracasan en su labor exterminadora, son las enfermedades, las epidemias y la pestilencia quienes avanzan en terrorífica formación segando miles y aún decenas de miles de vidas humanas. Si el éxito no es aún completo, queda todavía en la retaguardia como reserva el hambre: ese gigante ineludible que de un solo golpe nivela la población con la capacidad alimenticia del mundo (Malthus, 1993, p. 128).

Es cierto que esta idea de un límite al crecimiento económico posible como consecuencia de la colisión cíclica entre recursos y población, aun cuando tiene puntos de contacto evidentes, no debe confundirse sin más con la idea de un “estado estacionario” tal como lo defiende la teoría económica de Smith (cf. Arrighi, 2003, cap. 3). Sin embargo, en la práctica las consecuencias que de esto extrae Malthus convergen con la idea de un estado económico permanente de la humanidad por encima del cual es imposible situarse. Malthus no contempla otra posibilidad final que la de un equilibrio por abajo, es decir, apenas rozando el mero nivel de subsistencia, de manera que se hace inalcanzable “la posible existencia de una sociedad cuyos miembros puedan todos tener una vida de reposo, felicidad y relativa holganza y no sientan ansiedad ante la dificultad de proveerse de los medios de subsistencia que necesitan ellos y sus familias. Por consiguiente, si las premisas son justas, el argumento contra la perfectibilidad de la masa de la humanidad es terminante” (Malthus, 1993, p. 55).

3. El tercer gran nombre que asociamos a la economía clásica, David Ricardo (1772-1823), también se vio confrontado con la paradoja de tener que reconocer que el resultado lógico inevitable del crecimiento económico habría de ser una situación de estancación definitiva. Si en Smith el resultado de ese estado estacionario era el efecto de la acumulación de capital y en Malthus de la presión demográfica sobre los recursos, en Ricardo la amenaza provenía de las peculiaridades que la tierra presenta como factor de producción. No es extraño que Ricardo y su amigo Malthus prestaran una atención tan intensa

a los efectos de la agricultura en el crecimiento económico. Al fin y al cabo, su reflexión se produce en un momento en que los embargos causados por las guerras napoleónicas y una sucesión de malas cosechas habían convertido a Inglaterra en un país dependiente de las importaciones de grano del exterior, lo que había disparado el precio del trigo: un 18% anual entre 1790 y 1810 (cf. Ekelund y Hébert, 2005, p. 156). Eso llevó a Ricardo a ver que las condiciones en que se desarrolla la producción en un sector como el de la agricultura acaban teniendo consecuencias decisivas sobre la tasa de beneficios de toda la economía:

Los beneficios dependen de los salarios, estos del precio de los artículos de primera necesidad, y este, a su vez, principalmente del precio de los alimentos, porque todos los demás requisitos pueden ser aumentados, de manera casi ilimitada (Ricardo, 1973, p. 123).

Como ocurría en Smith, Ricardo reconoce que la tendencia natural de los beneficios es, pues, hacia la baja, ya que, “con el progreso de la sociedad y de la riqueza, la cantidad adicional de alimentos requerida se obtiene con el sacrificio de una cantidad siempre mayor de trabajo” (Ricardo, 1973, p. 124). Esa tendencia de los beneficios a disminuir progresivamente tiene que ver nuevamente con los rendimientos decrecientes ligados al suelo:

Si todos los terrenos tuvieran las mismas propiedades, si fueran ilimitados en cantidad y uniformes en calidad, no se podría cobrar por su uso, a menos que poseyeran ventajas especiales de situación. Por lo tanto, es solamente porque los terrenos no son ilimitados en cantidad ni uniformes en calidad, y porque con el progreso de la población han de cultivarse los terrenos de inferior calidad o menos ventajosamente situados, que se paga renta por el uso de ellos (Ricardo, 1973, pp. 71-72).

De acuerdo con la teoría del forrajeo óptimo que Ricardo asume, el crecimiento económico y el aumento de la población llevará aparejado un descenso inevitable de la tasa de beneficio: el “progreso de la sociedad y de la riqueza” obligará a cultivar nuevas tierras o a intensificar la explotación de las que estén en cultivo para alimentar a la población en aumento. En cualquiera de los dos casos, el aumento de la explotación de la tierra, sea extensivo o intensivo, exigirá una mayor demanda de trabajo para obtener los mismos resultados y dado que “no puede haber aumento en el valor del trabajo sin una disminución de beneficios” (Ricardo, 1973, p. 51), el agricultor “se verá obligado a contentarse con el tipo [de beneficio] reducido que es consecuencia inevitable del alza de salarios producida por el aumento de precio de los artículos de primera necesidad” (Ricardo, 1973, p. 124). Ricardo señalará que eso mismo no ocurre con otros recursos naturales como “el aire o el agua, u otro cualquiera de los dones de la Naturaleza que existen en cantidad ilimitada” (Ricardo, 1973, p. 69) y de ahí la importancia crítica de la tierra como factor limitante general del crecimiento de la economía en los Principios de Ricardo:

Siendo la tierra limitada en cantidad y distinta en calidad, a cada nueva dosis de capital empleada en ella, habrá una disminución en el tipo de producción, mientras que la potencia de población siga siendo siempre la misma (Ricardo, 1973, p. 102).

Ricardo reconoce que hay circunstancias que pueden frenar este proceso o dilatarlo en el tiempo. Como había hecho Smith antes y harán más tarde Stuart Mill en sus Principios (Stuart Mill, 2006, p. 627; IV, 4 § 5) y Marx en El capital (1975, cap. 14), Ricardo reconoce “causas contrarrestantes” de esta tendencia a la caída progresiva de la tasa de beneficio:

Esta tendencia de los beneficios, esta inclinación hacia abajo, es felizmente detenida a intervalos repetidos por las mejoras introducidas en la maquinaria destinada a la producción de los artículos de primera necesidad, así como los descubrimientos efectuados en la ciencia de la agricultura que nos permiten reducir el trabajo manual requerido y disminuir, por lo tanto, el precio de las cosas más necesarias para el trabajador (Ricardo, 1973, pp. 124-125).

Sin embargo, habrá un punto más allá del cual “ningún capital pueda entonces rendir beneficio alguno, y no pueda hacer demanda de mano de obra adicional, con lo cual la población habrá llegado

a su punto más elevado”. En realidad, mucho antes de alcanzarse este punto, el tipo muy bajo de los beneficios habrá detenido toda acumulación” (Ricardo, 1973, p. 125).

Así pues, nos encontraremos en Ricardo, una vez más, ante el estado estacionario, un horizonte que, sin embargo, no parece suscitar en el autor una preocupación particularmente intensa a tenor de la escasa atención que le dedica en el resto de su obra, algo que no puede dejar de resultar sorprendente teniendo en cuenta las implicaciones económicas que ese estancamiento final supondría. De él lo más que dirá Ricardo es esto: “confío que estemos todavía muy lejos” (Ricardo, 1973, p. 111). Esa “esperanza” que trasluce el comentario de Ricardo pone de manifiesto que, como antes Adam Smith, Ricardo contemplaba ese escenario futuro de estancamiento con temor, pero muy alejado en el tiempo; como el inevitable resultado final de un proceso que, sin embargo, hasta que llegara podía ofrecer a la humanidad la esperanza de una huida de la miseria y la pobreza. Pero una huida solo momentánea y provisional. La ciencia económica que nacía de manos de los economistas clásicos no podía escapar al hecho de ser, como la calificara en la misma época Thomas Carlyle, una “ciencia lúgubre” (Carlyle, 1849).

4. Así pues, todo en la dinámica que dibuja la teoría económica clásica apunta a este horizonte final de un estado estacionario: la teoría smithiana de la acumulación de capital, la “trampa” malthusiana de la población, los rendimientos decrecientes de la tierra en Ricardo, la caída progresiva de la tasa de beneficio, etc. John Stuart Mill (1806-1873), quien se autorrepresentó siempre como un eslabón más en esta cadena de pensamiento económico y que de hecho y a pesar de sus contribuciones a esa tradición de pensamiento creyó ser ante todo un mero recopilador y sintetizador de las ideas de sus antecesores, no fue una excepción. También para él las leyes del desarrollo económico apuntaban a un límite superior de esa posible acumulación de riqueza en un horizonte más o menos lejano. Como señala en sus Principios de economía política con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social:

Aunque el tipo mínimo de ganancia está expuesto a variar, y, aunque sería imposible fijar con exactitud cuál sería su importe en una época determinada, es indudable que existe ese mínimo siempre; y que, sea alto o bajo, una vez que se ha alcanzado, no puede tener lugar ningún aumento ulterior del capital. El país ha alcanzado entonces lo que los economistas llaman el estado estacionario (Stuart Mill, 2006, pp. 626-627; IV, 4, § 3).

Sin embargo, la manera de abordar el problema por parte de Mill introducirá un significativo contraste con sus antecesores. Por un lado, frente a los comentarios más o menos incidentales de Smith, Malthus o Ricardo, Mill será el único que aborde de forma explícita y sistemática las implicaciones de los límites del progreso económico de la sociedad. Al asunto le dedicará todo un capítulo de sus Principios de economía política titulado precisamente así: “Del estado estacionario” (Stuart Mill, 2006; IV, 6). Por otro lado, como tendremos ocasión de ver, en Mill desaparece el tono sombrío y apesadumbrado con que sus antecesores asumían la llegada de ese final. Muy al contrario, contempla su llegada como una suerte de liberación de la feroz competencia a que obliga el mercado y como una ocasión única para que pueda darse por fin sin trabas el verdadero despliegue de todas las capacidades y potencialidades del ser humano. A ese respecto, la sensibilidad humanista que Mill manifiesta en su aproximación a la economía, su preocupación por las condiciones y nivel de vida de las clases trabajadoras, su defensa del valor de la igualdad como objetivo de las políticas económicas o el papel activo que le confiere al Estado en el juego económico convierten a John Stuart Mill en el más socialista de los liberales o el más liberal de los socialistas. Un texto de su Autobiografía resulta bien significativo al respecto:

En los días de mi benthamismo más extremo [...] yo no había visto más allá de la vieja escuela de economistas políticos las posibilidades de una mejora fundamental en los ordenamientos sociales. La propiedad privada, tal como se entiende ahora, y la herencia, me parecían, como a ellos, el último lema de la legislación; y yo no buscaba más que mitigar las desigualdades que se derivan de estas instituciones, deshaciéndome de la primogenitura y los mayorazgos. La idea de que era posible ir más allá para eliminar la injusticia por el simple hecho de ser injusticia [...] me parecía entonces quimérica, y solo esperaba que mediante una educación universal que condujera a una restricción voluntaria de la población la porción de los pobres pudiera hacerse más tolerable. En resumen, yo era un demócrata, pero no un socialista en absoluto. Ahora nosotros [Harriet Taylor Mill y John Stuart Mill] éramos mucho menos demócratas de lo que yo había sido, porque mientras la educación siguiera siendo tan miserablemente imperfecta, temíamos la ignorancia y, especialmente, el egoísmo y la brutalidad de las masas: pero nuestro ideal de mejora definitiva iba mucho

más allá de la Democracia y nos clasificaría decididamente bajo la denominación general de socialistas (Stuart Mill, 1944, p. 162).

Con respecto a la explicación de las causas y de la inevitabilidad de ese estado estacionario, los Principios de economía política de John Stuart Mill no introducen grandes novedades con respecto a los economistas clásicos que lo antecedieron. Mill entiende cómo ellos que el estado estacionario es solo uno de los diversos efectos que tendrá el progreso general de la industria y el crecimiento de la población sobre las tres clases de agentes económicos que considera su modelo: los terratenientes, los dueños del capital y los trabajadores. Al análisis de tales efectos dedica Stuart Mill el capítulo 3 del libro IV de sus Principios.

Para ilustrar las consecuencias de ese progreso en cada uno de los agentes o clases, Stuart Mill propone un modelo con varios escenarios. De entrada, en un escenario en que por hipótesis la tecnología productiva no varíe ni aumente la cantidad de capital acumulado, Mill constata que los salarios y la ganancia del capital estarán inversamente correlacionados: el aumento de la población implicará una bajada de los salarios como resultado de la mayor oferta de trabajadores. Y esa bajada de los salarios supondrá una mejora automática del capital, que podrá comprar trabajo asalariado a menor precio, con lo que aumentará la tasa de ganancia del capital. En el caso del tercer agente del modelo, los terratenientes, el aumento de la población supondrá una subida del precio que se paga por la tierra: una mayor población exigirá mayor cantidad de alimentos, que solo podrán lograrse recurriendo a tierras de peor calidad (pues por hipótesis hemos supuesto que la tecnología productiva no varía), lo que, como Ricardo había advertido, generará rentas en aquellas tierras de peor calidad que antes no las producían y aumentará el precio de las rentas que producían las tierras de mejor calidad:

Se producirá, pues, la cantidad adicional de alimentos, pero con un costo mayor, y el valor de cambio de los productos agrícolas habrá de subir [...] el agricultor resultará, pues, indemnizado de su carga característica y disfrutará del mismo tipo de ganancia elevado, que es común a todos los capitalistas. Se sigue de aquí que, en estas circunstancias, y según los principios que nos sean familiares, la renta subirá (Stuart Mill, 2006, p. 611; IV, 3, § 1).

En el caso de que sea el capital el que aumente con una población estabilizada y un desarrollo tecnológico detenido la situación se invierte: los salarios subirán y “puesto que no disminuye el costo de producción de las cosas que consume el trabajador, esta alza de los salarios implica un aumento equivalente del costo del trabajo y disminución de las ganancias” (Stuart Mill, 2006, p. 612; IV, 3, § 2). A su vez, la mejora de los salarios permitirá una mejora en la alimentación de los trabajadores, lo que producirá a su vez una mejora de las rentas de la tierra. Por último, Mill se plantea qué ocurrirá en el caso de que el capital y la población aumenten simultáneamente. En ese caso, los únicos que experimentarán una mejora en sus retornos serán los terratenientes como consecuencia de la mayor demanda de alimentos por parte de una población en aumento.

Pero el modelo de Mill supone un segundo escenario. En él el capital y la población se mantienen constante y se analizan las consecuencias de la mejora de otros factores como el factor tecnológico o el comercio exterior. El modelo aquí se complica porque sus consecuencias dependen de si esa mejora afecta al tipo de mercancías consumidas por la mayoría de la población o afectan a los artículos de lujo, pero el resultado final, según Mill, es que una mejora de las técnicas de producción en un escenario de capital y población estacionarios, supondrá en último término un descenso de las rentas de la tierra: “vemos, pues, que el interés del terrateniente es decididamente, opuesto a la introducción repentina y general de mejoras en la agricultura” (Stuart Mill, 2006, p. 617; IV, 3, § 4). El balance final es claro:

El resultado de esta investigación tan dilatada puede resumirse como sigue. El progreso económico de una sociedad formada por terratenientes, capitalistas y trabajadores, tiende al enriquecimiento progresivo de la clase terrateniente, mientras que el costo de la subsistencia del trabajador tiende en conjunto a aumentar y las ganancias a bajar (Stuart Mill, 2006, p. 622; IV, 3, § 5).

Como había ocurrido con Smith y con Ricardo, la economía política de Stuart Mill se da de bruces de nuevo con la pared que para el crecimiento supone la caída de la tasa de ganancia, algo que “los escritores

sobre asuntos industriales y de comercio, observaron desde muy temprano”. Como se recordará, en Smith y en Ricardo esa caída era en ambos casos el efecto del progreso económico, aunque en cada uno de ellos encontraba explicaciones alternativas. En Smith la tasa de ganancia descendía por la competencia entre capitales que han ido acumulándose como resultado del crecimiento económico. En Ricardo la tasa de ganancia desciende como consecuencia de la necesidad de cultivar tierras cada vez menos fértiles. De las dos explicaciones, Mill se inclina por la ricardiana (cf. Stuart Mill, 2006, p. 623; IV, 4, § 1). Pero en uno u otro caso el resultado es el mismo: nos topamos con una circunstancia que gripa el motor que alimenta la dinámica capitalista: “la tendencia de las ganancias hacia un mínimo”. Sin esa promesa de autovalorización del capital, la lógica en que descansa el juego económico de la acumulación capitalista deja de tener sentido. A partir de ahí entramos en una fase nueva: una economía que, en sentido marxiano, ha dejado de ser capitalista (pues se ha hecho imposible el proceso de autovalorización del capital) para pasar a ser una economía de estado estacionario. La diferencia con respecto a sus antecesores clásicos radica en la manera en que Stuart Mill se enfrenta a esa nueva fase y las consecuencias sociales y políticas que sacará de ella.

5. ¿Crecer para qué? Cuando se formula en un contexto económico, lo extemporáneo de una pregunta como esa se echa de ver en el hecho de que los economistas que aún hoy la planteen de manera explícita sean una exigua minoría (forman parte de esa excepción, por ejemplo, los keynesianos Robert Skidelsky y Edward Skidelsky [2012]). Para la ciencia económica actual —como para la mayoría de la clase política y la ciudadanía— el crecimiento económico se ha convertido en un fin en sí autoevidente cuya persecución no necesita de mayor explicación. A modo de ejemplo, las más de 500 páginas del libro *Economic growth* (Weil, 2013) no parecen haber sido suficientes como para plantear al lector de forma explícita al servicio de qué está ese objetivo del crecimiento. Todo lo que el autor tiene que decir sobre esa cuestión se limita a este “pensamiento final”: “El crecimiento económico es un tema importante porque tiene un impacto significativo en el bienestar de muchas personas” (Weil, 2013, p. 533).

Pero a pesar de que en las sociedades de la abundancia la economía política y la ciencia económica hegemónica hace tiempo que se dejó de hacer esa pregunta sobre los fines del crecimiento económico, en los orígenes de la teoría económica moderna un autor como John Stuart Mill no dejó de situarla en un lugar central de la disciplina:

Al estudiar cualquier movimiento progresivo, que no es por su propia naturaleza ilimitado, el espíritu no queda satisfecho con solo investigar las leyes que rigen ese movimiento; no puede menos de formularse otra pregunta: ¿con qué objeto? ¿Hacia qué punto tiende la sociedad, en definitiva, con su progreso industrial? Cuando cese el progreso, ¿en qué situación es de esperar que deje a la humanidad? (Stuart Mill, 2006, p. 639; IV, 6, § 1).

La respuesta de Adam Smith a esa pregunta ya la conocemos: el estado estacionario es soso y desvaído y en él la gran masa de la población se verá obligada a retornar a una vida dura y esforzada, muy diferente de la vida feliz y confortable que le aguarda durante el período de crecimiento (cf. Smith, 1994, 129). Ricardo es menos explícito, pero asume también ese horizonte como una amenaza indeseable de la que es preciso precaverse (cf. Ricardo, 1973, p. 111). Frente a ellos, Stuart Mill será claro al respecto:

No puedo mirar el estado estacionario del capital y la riqueza con el disgusto que por el mismo manifiestan sin ambages los economistas de la vieja escuela. Me inclino a creer que, en conjunto, sería un adelanto muy considerable sobre nuestra situación actual (Stuart Mill, 2006, p. 641; IV, 6, § 2).

No hay razones para temer la llegada del estado estacionario, que para Mill se presenta como una fase ulterior y más avanzada del progreso social humano. ¿Cuáles son las razones de ello? De entrada, sorprende que las primeras que Mill invoque tengan que ver con los efectos de la lógica del mercado en la estructura psicológica y afectiva de los individuos, tanto a nivel individual como en su interacción social mutua. Mill señala que con el fin del crecimiento llegaría también el fin de la lucha hobbesiana de todos contra todos que caracteriza a una sociedad articulada por el mercado. Gracias al final del crecimiento podremos dejar de lado esa dinámica de competencia ubicua que empuja inevitablemente a “pisotear, empujar, dar codazos y pisarle los talones al que va delante, y que son característicos del tipo actual de vida social” (Stuart Mill, 2006, p. 641; IV, 6, § 2). El humanismo de Mill no ve en ese

estado de permanente conflicto larvado a través de la competencia en el mercado un ideal de perfección deseable para una sociedad como la que él persigue. La prueba es Estados Unidos, un país que ofrece un ejemplo palpable de los efectos de la búsqueda de la abundancia por la mera abundancia: “Todo lo que las ventajas [de la abundancia] parecen haber hecho por ellos [los estadounidenses] es que la vida entera de uno de los dos sexos está dedicada a la caza del dólar, y la del otro a la cría de cazadores de dólares” (Stuart Mill, 2006, p. 641; IV, 6, § 2). Por eso el crecimiento económico es un “falso ideal de la sociedad humana” (Stuart Mill, 2006, 644; IV, 6, § 1).

Superado el nivel de las necesidades básicas, “el mejor estado para la naturaleza humana es aquel en el que, si bien nadie es pobre, nadie desea ser más rico ni tiene motivos para temer ser rechazado por los esfuerzos de otros por avanzar” (Stuart Mill, 2006, p. 641; IV, 6, § 2).

En la senda de Montesquieu, Voltaire, Hume o Thomas Paine, entre muchos otros, Mill reconocerá, como buen liberal ilustrado, el relevante papel que el mercado ha tenido como mecanismo civilizador a lo largo de la historia. En efecto, la ganancia de dinero se ha rebelado históricamente como una “pasión tranquila” (cf. Hirschman, 1978, p. 70). Gracias al mercado el ardor guerrero y la voluntad de dominio que ha desangrado a la humanidad en el pasado quedan reabsorbidos y transformados en esa otra lucha sublimada que es la guerra comercial que mueve a las sociedades de mercado. Y, sin embargo, para Mill no es ese el destino más digno al que puede aspirar una sociedad humana plenamente realizada. Mill reconoce todavía el carácter degradado de esta competición inacabable, aunque se trate ya sólo de una lucha limitada a lo económico. Quedarse en ella es lo propio de “inteligencias groseras” que “necesitan estímulos groseros” (Stuart Mill, 2006, p. 641; IV, 6, § 2).

En este punto vale la pena señalar el paralelismo y la continuidad de las críticas de John Stuart Mill entre los distintos campos en que se despliega su reflexión filosófica. La economía política de Mill corrige la de sus antecesores del período clásico del mismo modo que su peculiar versión del utilitarismo en el ámbito de la teoría moral corregirá la aproximación simplista de los primeros utilitaristas en relación con el felicific calculus: introduciendo una dimensión cualitativa en lo meramente cuantitativo. En lo que se refiere a la antropología y a la filosofía moral, Mill señalará que a Jeremy Bentham o a su propio padre, James Mill (cf. Mill, 1967, cap. XIX), los ha cegado el hecho de manejar un concepto de la naturaleza humana demasiado estrecho y alicorto que hace del placer y de su acumulación indiscriminada al margen de toda diferencia cualitativa el único objetivo de la acción humana deseable. El utilitarismo de la generación anterior a Stuart Mill, obsesionado por el cálculo de su cantidad, fue ciego a la cualidad superior de ciertos placeres sobre otros. Igualmente, la economía política del período clásico, preocupada fundamentalmente por el quantum del crecimiento y no por el quale, no ha sabido ver que el final del crecimiento económico, lejos de ser una amenaza, supone que estén dadas por fin las condiciones de posibilidad para un despliegue de facultades humanas superiores que hasta ahora impedía una economía siempre rozando el umbral de subsistencia.

En Mill esto implica desde luego desplazar el terreno de la discusión en relación con la naturaleza humana de lo meramente fáctico a lo normativo. Supone, como dice Mill en *El utilitarismo*, no tener reservas a la hora de “apelar a un sentido de dignidad que todos los seres humanos poseen en un grado u otro, y que guarda alguna correlación, aunque en modo alguno perfecta, con sus facultades más elevadas” (Stuart Mill, 2014, p. 65). A ese respecto, la acusación de Mill contra la miopía antropológica con que la ciencia social de su época aborda “las fuentes de la acción” del ser humano será particularmente evidente en el ensayo crítico que Stuart Mill le dedicará a Bentham (Stuart Mill, 1962), pero no es menos clara en relación con la positiva valoración que hace del estado estacionario en sus *Principios de economía política*.

En efecto, Mill reprochará a Bentham la estrechez de miras con que éste ha entendido la “estructura motivacional” que permite comprender la acción humana:

Bentham concibe al hombre como un ser susceptible de placeres y dolores, y regido en toda su conducta en parte por las diferentes modificaciones del interés propio y las pasiones comúnmente clasificadas como egoístas, y en parte por simpatías, o en ocasiones antipatías, hacia otros seres. Y aquí termina la concepción de Bentham de la naturaleza humana (Stuart Mill, 1962, p. 66).

Nada sabe Bentham del sentido del honor y de la dignidad personal como motor de la acción humana. O del amor a la belleza que está a la base de nuestro sentido estético. O de la pasión intelectual por el

orden y la armonía. O del placer que se sigue del conocimiento o de la búsqueda de la verdad. O de lo que experimenta quien se siente capaz de emprender y cumplir sus proyectos en el ejercicio activo de su libertad. O incluso “de la sed de movimiento y actividad, una fuerza con casi tanta influencia en la vida humana como su opuesto, el amor a la comodidad” (Stuart Mill, 1962, p. 67). El individuo benthamiano ha sido adelgazado hasta convertirse en una figura tan plana y unidimensional como la que está a la base del *homo oeconomicus* de la teoría económica clásica y neoclásica.

¿A qué propósito sirve una concepción y una filosofía como ésta de Bentham? La respuesta de Mill es reveladora y nos devuelve al territorio de la economía política y de su reflexión sobre el estado estacionario: una filosofía moral y una antropología así de descarnada solo puede servir “para enseñar los medios de organizar y regular la parte meramente comercial de los ordenamientos sociales” (Stuart Mill, 1962, p. 73).

[Bentham] cometió el error de suponer que el aspecto comercial [the business part] de los asuntos humanos era la totalidad de ellos; o al menos la única parte con la que tenían que lidiar el legislador y el moralista [...] Así, pues, el aspecto comercial es el único campo de los asuntos humanos que Bentham ha cultivado con cierto éxito, en el que ha introducido un número considerable de principios prácticos, amplios y esclarecedores. Ése es el campo de su grandeza, y en él es verdaderamente grande (Stuart Mill, 1962, p. 74).

Pero reducir exclusivamente a ese plano económico la totalidad de los intereses humanos, como ha hecho Bentham, resulta tan empobrecedor como falso. “Una vez que [la producción] ha alcanzado determinado volumen”, acota Mill, las preocupaciones del legislador y del filántropo deben trasladarse del progreso económico al progreso moral de la sociedad. Por ello, Mill recuerda que el final del crecimiento no es sin más el final del progreso sino su punto de partida en relación a lo que verdaderamente importa. Es entonces cuando se podrá desplegar en toda su dimensión “el progreso moral y social” y el progreso en relación con lo que Mill denomina “la cultura espiritual” [mental culture]; cuando estarán dadas las condiciones para “perfeccionar el arte de vivir”, un arte que, como observa Mill, “hay muchas más probabilidades de que se perfeccione cuando los espíritus dejen de estar absorbidos por la preocupación constante del arte de progresar” (Stuart Mill, 2006, p. 643; IV, 6, § 2).

Incluso los avances científicos y tecnológicos no estarán ausentes de esa economía de estado estacionario. Pero la sensibilidad de Mill con respecto a las clases trabajadoras señala el lugar al que deberían ir orientados los desarrollos e innovaciones de las “artes industriales”: al alivio de las penas y sufrimientos asociados al trabajo físico de los trabajadores manuales. A ese respecto Mill se pregunta (¡ya en 1848!) “si todas las invenciones mecánicas que se han hecho, hasta ahora, han servido para aliviar las fatigas diarias de algún ser humano” (Stuart Mill, 2006, p. 643; IV, 6, § 2).

Por lo que respecta a sus perfiles generales, la sociedad que surge del estado estacionario que imagina Mill tiene notables puntos en común con las que veremos aparecer inmediatamente después a la Segunda Guerra Mundial en algunas economías occidentales y que hemos conocido como “sociedades de estado de bienestar”:

Tendría las siguientes características: una clase abundante y bien pagada de trabajadores; ninguna fortuna enorme excepto aquellas que se ganaran o acumularán durante una sola vida; y una clase mucho más numerosa que en la actualidad de personas, no solo exentas de los trabajos más rudos, sino con suficiente holgura, física e intelectual, sin preocupaciones de detalles rutinarios, para dedicarse con entera libertad a aquello que la vida tiene de agradable, y que sirvieran de ejemplo a las clases menos favorecidas. Esta situación social, tan preferible a la actual, no solo es compatible con el estado estacionario, sino que parece adaptarse de manera natural más a ese estado, que a ningún otro” (Stuart Mill, 2006, p. 642; IV, 6, § 2).

Asimismo, esa sociedad ideal que abre como posibilidad el estado estacionario mantiene un notable parecido con el horizonte que Keynes —tal vez anticipando por unas décadas ese “estado de bienestar”— auguraba para sus descendientes en su famoso texto “Las posibilidades económicas de nuestros nietos” (Keynes, 1998). Como Keynes en aquel texto de 1930, Mill está convencido de que con el estado estacionario “la humanidad estaría resolviendo su problema económico”. Sin embargo, también como en Keynes, lo más importante para Stuart Mill es lo que quedaría por hacer a partir de ahora. En ese momento, dirá Keynes, “el hombre se enfrentará con su problema real y permanente: cómo usar su libertad una vez liberada de los afanes económicos acuciantes, cómo ocupar el ocio que la ciencia y el interés compuesto

le habrán ganado, para vivir sabia y agradablemente bien” (Keynes, 1998, p. 329). En Mill ese es también el problema: el uso de la libertad, el bien político máspreciado que una sociedad puede proteger y a cuya encendida defensa dedicó uno de sus libros más conocidos: *Sobre la libertad* (Stuart Mill, 1993).

Ese “perfeccionamiento del arte de vivir” en el que se cifra la verdadera tarea del progreso social no recibirá en Mill determinaciones más precisas en ninguna de sus obras. Et pour cause! Un liberal pluralista como Mill habría de reconocer desde el principio que esa pregunta por la vida buena no puede responderse en singular ni de antemano. Requiere, por el contrario, poner en práctica esos experiments in living de los que nos habla *Sobre la libertad*: la “tentativa de experiencias nuevas y originales en la vida” (Stuart Mill, 1993, p. 161) de los que su propia vida fue un vivo ejemplo como podemos comprobar por su Autobiografía. Con respecto a las formas posibles de la felicidad humana Mill habría estado de acuerdo con aplicar el consejo que Charles Sanders Peirce daba con respecto a la ciencia en general: “No cerréis nunca el camino de la investigación”. Limitar la intromisión del estado en los asuntos privados tiene que ver con la necesidad de no interferir con esos “experimentos variados e infinita diversidad de experiencia” (Stuart Mill, 1993, p. 199) que individuos y grupos ensayan en su búsqueda de felicidad y autorrealización:

La única libertad que merece este nombre es la de buscar nuestro propio bien, por nuestro camino propio, en tanto no privemos a los demás del suyo o les impidamos esforzarse por conseguirlo. Cada uno es el guardián natural de su propia salud, sea física, mental o espiritual. La humanidad sale más gananciosa consintiendo a cada cual vivir a su manera que obligándole a vivir a la manera de los demás (Stuart Mill, 1993, p. 69).

La imposibilidad de fijar de una forma definitiva ese arte de vivir y la necesidad de mantener siempre abierto e indeterminable el horizonte del progreso social y moral humano descansa en una antropología como la de Mill que, como apuntó correctamente Isaiah Berlin, considera “errónea la convicción, común a los aristotélicos, a muchos escolásticos cristianos y materialistas ateos, de que existe una naturaleza humana susceptible de ser conocida, una y siempre la misma en todos los tiempos en todos los lugares y en todos los hombres (una sustancia estática, invariable bajo las apariencias cambiantes, con necesidades permanentes dictadas por un solo fin —o conjunto de fines— susceptible de ser descubierto y siempre el mismo para toda la humanidad)” (Berlin, 1993, pp. 27-28).

El arte de vivir al que debería poder entregarse una sociedad liberada de las presiones económicas esconde posibilidades desconocidas que solo la experimentación y el ensayo pueden despejar, pues “la naturaleza humana no es una máquina que se construye según un modelo y dispuesta a hacer exactamente el trabajo que se ha prescrito, sino un árbol que necesita crecer y desarrollarse por todos lados, según las tendencias de sus fuerzas interiores, que hacen de él una cosa viva” (Stuart Mill, 1993, p. 130).

De ahí la necesidad de defender a toda costa la individualidad y la singularidad, incluso en sus formas más extemporáneas; de ahí el valor supremo de la tolerancia como principio político; de ahí “la importancia que tiene para el hombre y la sociedad, la existencia de una gran variedad de tipos de carácter y de dar plena libertad a la naturaleza humana para expandirse en innumerables y conflictivas direcciones” (Stuart Mill, 1944, p. 177).

En definitiva, para Mill el estado estacionario, lejos de ser temido, debe ser bienvenido pues sólo entonces estarán dadas las condiciones para el desenvolvimiento humano en su más rica diversidad. En una palabra, solo con él estarán dadas las bases materiales de una sociedad poscapitalista:

Solo cuando, además de instituciones justas, la previsión juiciosa guíe el crecimiento de la humanidad, podrán convertirse en propiedad común de todas las razas humanas las conquistas hechas sobre las fuentes de la naturaleza, por la inteligencia y la energía de los descubridores científicos, y servir para elevar y mejorar la suerte de la humanidad (Stuart Mill, 2006, pp. 643-644; IV, 6, § 2).

DECLARACIÓN DE CONFLICTO DE INTERESES

El autor de este artículo declara no tener conflictos de intereses financieros, profesionales o personales que pudieran haber influido de manera inapropiada en este trabajo.

DECLARACIÓN DE CONTRIBUCIÓN DE AUTORÍA

Luis Arenas: conceptualización, investigación, metodología, redacción.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrighi, Giovanni (2003). Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI. Akal.
- Berlin, Isaiah. (1993). John Stuart Mill y los fines de la vida. Sobre la libertad. Alianza.
- Carlyle, Thomas A. (1849). Occasional discourse on the negro question. Fraser's Magazine for Town and Country, 40, 670-679.
- Ekelund, Robert B. y Hébert, Robert F. (2005). Historia de la teoría económica y de su método. MacGraw Hill.
- Hirschman, Albert O. (1978). Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo antes de su triunfo. FCE.
- Keynes, John Maynard (1998). Ensayos de persuasión, vol. 2. Crítica.
- Malthus, Robert (1993). Primer ensayo sobre la población. Altaya.
- Mandeville, Bernard (1997). La fábula de las abejas o Los vicios privados hacen la prosperidad pública. FCE.
- Marx, Karl (1975). El capital, vol. 1. Siglo XXI.
- Mill, James (1967). Analysis of the phenomena of the human mind, vol. 2. Augustus M. Kelley.
- Ricardo, David (1973). Principios de economía política y tributación. Ayuso.
- Seidl, Irmi y Tisdell, Clem A. (1999). Carrying capacity reconsidered: from Malthus population theory to cultural carrying capacity. Ecological Economics, 31, 395-408. [https://doi.org/10.1016/S0921-8009\(99\)00063-4](https://doi.org/10.1016/S0921-8009(99)00063-4)
- Skidelsky, Robert y Skidelsky, Edward (2012). ¿Cuánto es suficiente? Qué se necesita para vivir una "vida buena." Crítica.
- Smith, Adam (1994). La riqueza de las naciones. Alianza. (Trabajo original publicado en 1776).
- Smith, Adam (1997). La teoría de los sentimientos morales. Alianza.
- Stuart Mill, John (1944). Autobiography. University Press.
- Stuart Mill, John (1962). On Bentham and Coleridge. Harpers & Brothers.
- Stuart Mill, John (1993). Sobre la libertad. Alianza.
- Stuart Mill, John (2006). Principios de economía política con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social. FCE.
- Stuart Mill, John (2014). El utilitarismo. Un sistema de lógica. Alianza.
- Weil, David N. (2013). Economic growth. Pearson.